

hubiera estado no haber nacido, porque, endurecido en el mal, se entregó á la desesperacion eterna, pecando contra el Espíritu Santo. Sepamos, pues, que hemos de preferir morir mil veces ántes que hacer una comunión sacrilega, pues es el mayor ultraje que hacemos al amor de Jesucristo, y que nos expone á morir eternamente. Así, alma cristiana, si te has acercado alguna vez á la sagrada mesa sin haber confesado todos tus pecados por vergüenza ó por malicia, ó permaneciendo en alguna ocasión próxima, que debias y podias dejar, y aún vives y sientes en tu interior un vivo dolor de haber cometido este sacrilegio, persuádetes que es ésta una de las mayores gracias que Dios te ha hecho. Apresúrate, pues, á aprovecharla; arrójate á los piés de un ministro de Jesucristo, y llora amargamente tus pecados, prometiendo ántes dejarte matar mil veces que agraviar tan horriblemente al Señor, porque si bien, por su parte, el pecador con estos pecados semejantes al de Judas echa una pesada losa á la misericordia divina, ésta, sin embargo, no se cierra mientras el hombre vive, ni las muchas aguas de los pecados extinguen el horno encendido de la caridad infinita de Dios; pero temblemos de despreciar y hollar la gracia de Dios, porque es horrenda cosa caer en sus manos.

#### MEDITACION VII.

##### Sermon de la Cena.

1.º Habiéndose retirado el traidor de la amable compañía de Jesus, se quedó éste con sus once discípulos que estaban unidos á Él en caridad perfecta; y mirando todos á su Maestro con una especie de éxtasis que los abstraía de todo lo terreno, estaban pendientes de los labios de Jesus. Entónces empezó aquel razonamiento sublime del Hijo de Dios sobre el amor que los hombres debían te-

nerse entre sí, amor fundado en la caridad infinita que Él nos tiene y demuestra, á la cual estamos obligados á corresponder amándolo sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, porque es Santo por esencia y digno de ser amado; de este amor, como de una fuente, debía salir el que hemos de tener á nuestros prójimos, como que el amor de Dios y el de los hombres son dos rayos que nacen de un mismo centro de inflamada caridad. Por eso Jesucristo dice á sus discípulos que se amen los unos á los otros de la misma manera que Él nos ha amado. (Joan., cap. XIII, vers. 34.)

¡Cuánta ternura demuestra Jesucristo á sus discípulos al inculcarles este precepto del amor! Es un padre amante que va á separarse de lo que ama con más intensidad, y se exprime con toda la dulzura y ternura de un corazón que no ha sabido sino amar. «Hijos míos, les dice, todavía estoy un poco tiempo con vosotros; á donde yo voy no podéis venir. Yo os amo como mi Padre me ha amado á mí; sed constantes en mi amor. Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros.» (Joan., cap. XIII, versículos 33 y 34.)

Es preciso reflexionar en el modo con que Jesucristo ha amado á los hombres, para comprender toda la extensión que ha de tener el amor que nos hemos de profesar nosotros. Jesucristo nos ha amado siendo sus enemigos por el pecado y cuando le ultrajábamos con nuestras prevaricaciones; y nos ha amado con tanto extremo, que ha muerto para reconciliarnos con Él y con su Padre divino, y para mover el corazón de éste hácia nosotros, ha rogado por nosotros en el momento mismo en que le crucificábamos con nuestras ofensas, diciéndole: «¡Padre

mio, perdónales, pues no saben lo que se hacen!» Nos ha amado con caridad infinita, y no se ha contentado con mostrarnos un amor estéril y puramente afectuoso, cifrado á deseos ó palabras, sino realizándolo con obras, tomando sobre sí la responsabilidad de nuestros crímenes para pagar lo que por ellos merecíamos, y muriendo para destruir la muerte y darnos vida espiritual y resurrección y gloria; para ello nos ha buscado, y perseguido, instándonos con su gracia y rogándonos que le amemos. Así nos ha amado Jesucristo.

Jesucristo no ceñía sus palabras á solos los discípulos que las escuchaban, sino que las decía para instrucción de todos; Él no ha exceptuado de su amor á ningún hombre, pues todos son sus hermanos, y no quiere que nosotros dejemos de amar á ninguno; por eso llama nuevo este precepto, pues nos enseña á amar á nuestros enemigos, y á hacer bien á los que nos hacen mal, sirviéndonos su amor divino de pauta y regla. ¡Ah! Reflexionemos sobre este mandamiento de Jesucristo. ¿Qué somos nosotros para que Dios exija que le amemos? Por muy felices nos debiéramos tener que el Señor nos permitiera amarlo, y debiéramos emplear toda nuestra vida en rogarle que se dignara concedernos esta gracia. ¡Pero que Dios nos excite, que nos llame, que nos busque para que lo amemos! ¡Oh! Es éste el mayor exceso de la bondad infinita. «¿Piensas acaso, alma mia, que de tu amor resulta algún bien á Dios? ¿Crees que amándolo tendrá alguna cosa más, ó no amándolo le faltará algo?» (San Agustín, serm. xxxiv *De tempor.*) Dios quiere que le amemos, porque sabe que en este amor consiste nuestra bienaventuranza. «¡Cuán grande es, dice un sábio, nuestra miseria, que viendo la utilidad del amor divino, ya que no amamos á Dios por Él mismo como debíamos, no le amemos siquiera por los bienes que nos resultan!» (*Idiot.: cont. divin. amor.*, cap. xxiii.)

Considera, pues, alma mia, si has amado á Dios del mismo modo que Él te ama á tí. «Si me amais, dice Jesucristo á sus discípulos, guardad mis mandamientos; el que recibe mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama.» (Joan., cap. xiv, versículos 15 y 21.) No consistiendo nuestro amor á Dios en buenas palabras, sino en buenas obras; debiendo permanecer en éstas, no un día, ó un mes, ó un año, sino siempre, es claro que no amas á Dios, pues traspasas á cada instante sus preceptos. El amor consiste en obedecer al objeto amado; el amor á Dios está cifrado en preferir tanto daño y mal temporal á ofenderlo, porque es la santidad infinita. Cuando se ama á Dios, no sólo se cumple lo que Dios ha mandado, sino que se desea ir aún más allá de lo que Dios prescribe, porque en el amor de Dios el alma se ensancha y crece, como dice San Pablo: *In charitate crescimus.* (Ephes., cap. iv, vers. 15.) (*Vide Div. Bernard., in Cantic.*, serm. 27.) Tienes, por tanto, una prueba ineluctable de que no amas á Dios como debes cuando quizás á duras penas cumples con lo que estrictamente te obliga, cuidando de no excederte ni en un ápice. ¡Ah! ¿Sirves así á las criaturas á quienes afieccionas? ¿No te desvelas en cumplir, no sólo lo que te mandan, sino en adivinar sus deseos, y en prevenirlos para darlas la agradable sorpresa de encontrarse servidas, sin haberse siquiera molestado en abrir sus lábios? ¡Ay! Esta es la historia del mundo, y también lo es de los sentimientos de tu corazón, por desgracia.

¡Oh Jesús mio! Os confieso, Señor, que no comprendo cómo es mi corazón; deseo amaros, y apenas pongo en práctica por unos momentos estas aspiraciones, cuando las criaturas me arrastran y me apartan de vuestro amor, porque yo pongo mi afecto en ellas. Pero de hoy en adelante no será así, pues quiero amaros con constancia y sin dar ni una partecita de mi afecto á nadie sino

á Vos. ¡Oh amante de las almas! Ya que viniste del cielo á prender fuego á la tierra, haced que mi corazón arda y se inflame todo en vuestro amor.

2.º Después de inculcar Jesucristo á sus discípulos el amor que debían tenerle, demostrándole con las obras que era tan real y verdadero como él que Él nos ha tenido, llevándolo hasta dar su vida por nosotros, les muestra la enseñanza que los había de dar á conocer á los hombres, que es el amor fraterno. Y para moverlos á profesarse este amor, no les propone otro modelo que á sí mismo; porque amando nosotros en el hombre lo que Jesucristo ama, nuestro amor será semejante al de Jesucristo, no teniendo otro principio ni otro fin que Dios. Y, en efecto, Jesucristo ha amado á todos los hombres sin excepción, porque en todos está impresa la imagen de la naturaleza divina: este Dios amorosísimo amó al hombre cuando era inocente, es decir, cuando esta imagen de la divinidad tenía toda su integridad y pureza, y lo amó cuando este trasunto divino quedó afeado por la culpa y herido en sus nobilísimas potencias el entendimiento y la voluntad. En una palabra: Jesucristo nos ha amado en Dios, por Dios y para Dios, y por eso, queriéndonos restituir á nuestra primitiva amistad con su Padre, bajó del cielo, tomó nuestra forma, y murió en la Cruz. Todo esto hizo el amor de Dios para con los hombres.

¿Qué amó Jesucristo en los hombres? A su Padre, dice San Agustín; pues por eso, distinguiendo su amor de todo amor mundano, añadió y dijo: «Amaos como yo os he amado.» (*Tract. LXV in Joann.*) ¿Y qué hemos de amar nosotros en nuestros semejantes? A Dios. Sí; este amor no es inspirado por la carne y la sangre, ni brota de la naturaleza, sino que viene del cielo; este amor no distingue de naciones, de pueblos, de razas, ni de diferencia de opiniones humanas, ni aún de distinción de religiones, pues no ve otra cosa en todos y en cada uno de los hombres

que la imagen de Dios: este amor abraza á todos, buenos y malos, amigos y enemigos, bienhechores y adversarios, agradecidos é ingratos, pues así nos ha amado Jesucristo, y quien no tuvo esa caridad no puede entrar en el cielo. Es preciso persuadirnos que el amor al prójimo no es de ningún mérito ni valor para el cielo, si no es amado en Dios, por Dios y para Dios, pues entonces es conforme al modelo que nos presenta Jesucristo en sí mismo.

No en vano Jesucristo llama á este precepto suyo, diciendo: «Este es mi precepto, que os améis recíprocamente, como yo os he amado.» Porque realmente todos los mandamientos nos vienen de Jesucristo, que es la sabiduría eterna; mas este del amor es suyo por excelencia, porque el amor lo hizo hermano nuestro, lo encerró en la Eucaristía, y lo condujo al Calvario, y no pretende de nosotros otra retribución que el amor, de lo que es celoso, pues no quiere que nuestro corazón pertenezca á nadie si no á Él. Así vemos que ninguna cosa inculcó tanto Jesucristo, ni de ninguna habló tan expresamente como de este amor, para que comprendiéramos la altísima estimación que hemos de tener de este mandamiento, no sólo en el entendimiento, sino en la voluntad y en la práctica. (*Tract. de Zelo et livor. San Cipriano.*)

Considera, alma mía, cuánto entraña este amor para con tus hermanos; no ha de ser el efecto de una simpatía natural, ni el deseo de tu propio bien, ni la gratitud á favores recibidos, sino el deseo de la felicidad eterna, y aún de la temporal, si posible fuere, de tus hermanos. Esta fué siempre la divisa de los verdaderos discípulos de Jesucristo, y con ella discernirá este divino Juez al fin del mundo á sus escogidos: verá las obras de caridad que hemos hecho, y los motivos que nos han guiado; y si hemos ejercido la caridad en su nombre y por su amor, no perderemos ni aún el vaso de agua fría

que hubiéremos dado en vista de Jesucristo. Mas si no encontrare en vosotros esta caridad, que nos une á Dios y nos hace compasivos y tiernos con los hombres, sin distincion de propios ó extraños, aunque hubiéremos poseido todos los conceptos angélicos y todas las lenguas de los hombres, aunque hubiéremos tenido el espíritu de profecía y el más profundo conocimiento de los misterios divinos, Jesucristo no nos reconocerá por discípulos suyos; porque la escuela de Dios es la caridad, que se sacrifica toda por amor del bien infinito, que prefiere á todas las cosas, y que ve en cada hombre un hijo adoptivo de Dios, por cuya salvacion no teme el que la posee perder su propia vida, así como Jesucristo perdió por nosotros todos la suya.

Entra dentro de tí mismo y examina si amas á tus hermanos, y cómo los amas. ¡Amor! ¡Ay! Apenas se conoce ya más amor que el de sí mismo; así es que por todas partes lo ménos que se ve es la caridad, y en sustitucion de esta virtud, murmuraciones, detracciones, susurraciones y crítica severa de la vida ajena, reduciéndose toda la amenidad de las visitas y entretenimientos á despedazar la fama de nuestros hermanos, sin distinguir de dignidad ni de posicion. Amamos á unos cuantos prójimos, con quienes nos tratamos, y que forman el círculo mundano en que vivimos; mas si alguno tiene la indiscrecion de faltarnos en algun puntillo, si sabemos que se ha deslizado en alguna frase que nos hiera en lo más mínimo, sucede al amor la indiferencia, la aversion y el odio. ¡Ay! Así aman tambien los paganos, devolviendo amor por amor, bien por bien; pero el amor que nos manda Jesucristo es más que esto, pues no conoce la acrimonia, ni la maledicencia, ni la venganza, pagando odio con amor, mal con bien, y teniendo un corazon compasivo para con todos.

Veo, pues, ¡oh Dios mio! que no he tenido hácia mis

hermanos aquel amor que Vos me habeis mandado que les tenga. Verdaderamente he hollado este mandamiento, que me hiciera con su observancia exacta semejante á Vos, cuya caridad tanto se ejercitó con el traidor Judas como con el discípulo amado. Bien comprendo que no soy digno de misericordia; pero la espero, y junto con ella la gracia, para que mi corazon, purificado de sentimientos terrenos y mundanos, no ame á nadie sino en Vos, por Vos y para Vos. Así lo espero de vuestra misericordia infinita.

3.º Consecuente á este amor que Jesucristo nos manda que nos profesemos los unos á los otros, que deriva del que le tengamos á Él, el Divino Maestro enseña á sus discípulos dos verdades, que son el fundamento de la perfeccion, y sin las cuales no podremos dar un paso en la virtud, y son el conocimiento de Dios y el de nosotros mismos; conociendo á Dios, lo amaremos por sus perfecciones infinitas y por los beneficios tambien infinitos que nos ha hecho, movido por esta caridad eterna; conociéndonos á nosotros mismos, veremos que no somos sino miseria y barro, que nada podemos con nuestras fuerzas, sino con la gracia del cielo, en orden á nuestra santificacion, y que siendo el mandamiento del amor fraternal superior á las fuerzas de la naturaleza humana, no de éstas, sino del influjo de aquélla, habíamos de esperar su cumplimiento exacto.

Considera qué doctrina tan sublime encierran las palabras de Jesucristo respecto de la primera verdad, y con qué suavidad y dulzura la insinúa en el ánimo de sus discípulos. «No os llamaré siervos ya, les dice, porque el siervo ignora lo que hace su señor; mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oido de mi Padre.» ¿Y cuáles eran estas cosas? Que Él y el Padre eran una misma cosa, por no tener sino una esencia y una naturaleza; que el Padre y el Hijo eran dos personas realmente distintas, pues éste

habia sido enviado por aquél para que muriese por los hombres; que este mismo Hijo estaba en el Padre, y el Padre en Él; que aún hay otra tercera persona en la misma naturaleza que procede del Padre y del Hijo, y es de la misma sustancia indivisible, pues uno y otro lo han de mandar para que santifique las ánimas y las infunda la ciencia de los misterios divinos. Por fin les muestra que cuanto dice es palabra de su Padre, por lo que es fácil conocer á este Padre celestial, pues quien lo ve á Él ve á su Padre. Y para dar á sus discípulos una nocion completa de lo que es su Maestro, les dice que su Padre es mayor que Él, pues siendo Dios consubstancial é igual al Padre, se habia revestido de nuestra naturaleza humana, en la cual, como inferior á la divina, se humilla y anonada, obedece á su Padre, padece y muere por nuestro amor.

Quería Jesucristo que se conociesen sus discípulos á sí mismos, y les dice que Él es la cepa y ellos los sarmientos, y que así como éstos, si están unidos á su tronco dan fruto, y si existen separados se secan y nada pueden dar de sí, así ellos, si no están unidos á la vid, que es Jesucristo, ningun fruto podrán llevar, porque toda la sávia de la gracia les ha de venir de aquella raíz y tronco divino. Les enseña á rogar á su Padre sin cesar, pidiéndole todas las cosas con humildad y confianza, poniendo por mediador al mismo Hijo, en el nombre del cual, si nada habian pedido todavía, mas debian, sin embargo, empezar á hacerlo desde aquel momento. ¡Oh! ¡Con cuánta fuerza imprime Jesucristo estas verdades en el corazon de sus discípulos! Les dice que no teman al mundo, pero es porque Él lo ha vencido; les dice que el enemigo pretende zarandearlos como trigo, pero les enseña que se humillen en la oracion, que se crean inferiores á todos, y que confien únicamente en Dios, acordándose del poder omnipotente de su mano, y así ahuyentarán á Satanás.

El conocimiento de Dios para amarlo, el conocimiento de sí mismo para humillarse y desconfiar de sus propias fuerzas, pidiendo al cielo los auxilios oportunos, son las dos piedras angulares del edificio de santidad y virtud que pretende elevar Jesucristo en el corazon de sus discípulos, mostrándoles cuál sea la suma de la perfeccion cristiana. ¿Y cuáles son los resultados que se han de ver en los que practiquen lo que Jesus prescribe? «El que me ama, dice Jesus, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me le manifestaré á mí mismo. Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él y haremos morada en él.» Es, por lo tanto, una union íntima é inefable de Dios con el hombre lo que promete Jesucristo á sus discípulos, como el resultado natural del amor de Dios y de su conocimiento, del amor del prójimo y del conocimiento de sí mismo.

¡Ah! Para comprender esta sublimísima doctrina de Jesucristo es preciso tener el corazon desprendido de todo lo terreno é inflamado todo en amor de Dios. Por eso dice á sus discípulos que en el dia en que por la visita del Espíritu Santo sean purificados de la más ligera afeccion terrena, y confirmados en gracia, comprenderán una cosa la más admirable, y es, que Él está en su Padre, sus discípulos en Él, y Él en sus discípulos; porque así como el hijo es una misma cosa con el Padre en la unidad de la naturaleza, nosotros hemos de ser una misma cosa tambien entre nosotros y con Jesucristo por la unidad del espíritu de amor santo que nos comunica, y por la fé y la caridad que nos ligan como á miembros de un mismo cuerpo á este mismo Hijo de Dios, que es la Cabeza de donde nos viene la vida y la salud del alma. Y si para conocer estas verdades es necesario el magisterio celestial, para practicarlas, ¡cuánto más necesarios serán los auxilios que Dios nos tiene prometidos!

¡Oh Dios mio! Al examinar el estado de mi alma, en-

cuentro que ni os amo como debia, ni amo á mis prójimos por vuestro amor, y todo esto me sucede porque medito poco ó nada en las grandezas de vuestra naturaleza, y ménos aún en las obras de vuestro amor, teniendo al propio tiempo buen cuidado de ocultar mis defectos para aparecer grande y perfecto á los ojos de los hombres. Confieso mi nada, y me acuso de mi arrogancia y altanería, que me ha apartado de vuestro amor: yo sé que debo amaros sobre todas las cosas, y quiero empezar desde hoy á detestar todo lo que os desagrada; sois mi Príncipe, de donde me vienen las riquezas de la gracia; mi médico, de quien procede mi salud y mi vida, y mi maestro, que destruye mi ignorancia y disipa mis errores. ¡Bendita sea la infinita Bondad, á quien somos deudores de cuanto tenemos! Amémosla, pues, para vivir unidos á este Dios amantísimo, y si queremos continuar siempre en su amistad, seamos humildes.

#### MEDITACION VIII.

##### **Jesucristo da gracias despues de la cena, y sale hácia el huerto de Getsemaní.**

Habiendo llegado el momento en que Jesus se iba á entregar á sus enemigos, se preparó al último viaje que haria con sus discípulos, diciéndoles estas palabras: «Para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me dió el mandamiento el Padre, así hago; levantaos y vamos de aquí.» (Joan., XIV, vers. 31.) Pero ántes de marchar, Jesus entonó con sus discípulos un himno de alabanza á su eterno Padre, dándole gracias por haber celebrado la última cena, instituido el sacramento de la Eucaristía, y dado al mundo el precepto de la caridad, como el signo con el cual serian caracterizados los que

creyeren en Él. Así cierra Jesucristo el tiempo de su conversacion con los hombres, abriendo sus divinos lábios y recitando en union con sus discípulos los cánticos que el pueblo fiel solia entonar para dar gracias al Altísimo por los favores que recibia de su mano.

Considera el profundo acatamiento con que Jesucristo se humilla, dando gracias á su eterno Padre por todas las obras que ha realizado; jamás ha obrado prodigio alguno sin que haya mediado el agradecimiento á las bondades divinas; jamás ha tomado refaccion, ni sueño, ni descanso sin dar gracias al cielo; pero en ocasiones dadas lo ha hecho con cierta solemnidad y en presencia del pueblo y de sus discípulos, para que quedase esta accion profundamente impresa en nuestros corazones, y aprendiésemos á dar gracias al Padre por medio del Hijo, confesando en todo lugar que de Él nos vienen todas las cosas, y por Él vivimos y en Él respiramos, siendo, por consiguiente, siempre suyos, ora comamos, ora durmamos. Al multiplicar los panes da gracias públicamente al Dador de todo bien, levantando los ojos al cielo, que es el asiento de su gloria; otro tanto hace cuando resucita á Lázaro; y al instituir el admirable Sacramento, no sólo da Él solo gracias á su Padre, sino que hace que sus discípulos alternen con Él en los suaves acentos con que alaba á Dios por tan insigne beneficio como ha dispensado á los hombres.

Querria Jesucristo desterrar de nuestros corazones la negra ingratitud, crimen que la naturaleza racional, aún con la sola luz de la razon, mira con horror, y que, por consiguiente, es infinitamente aborrecido y detestado de Dios. Por eso ha dado gracias á su Padre en cuantas ocasiones ha mostrado de un modo especial la fuerza de su poder, para enseñarnos con su ejemplo á ser reconocidos á las bondades divinas, y no dejar pasar un solo dia sin entonar un cántico de alabanza y bendicion al cielo por